

CARMELO ADAGIO y ALFONSO BOTTI

Storia della Spagna democratica. Da Franco a Zapatero

Milán, Mondadori, 2006, 192 pp.

La publicación en Italia de un libro sobre la historia de España, que aborda una época tan larga —desde el legado de la dictadura franquista hasta el accion del gobierno actual—, prueba aún más el interés italiano sobre la España posfranquista. Si los historiadores y los científicos de la política investigan el papel de los factores sociales, internacionales y la acción que desarrollaron los actores individuales y colectivos durante la Transición, a nivel periodístico la atención —en los años ochenta enfocada sobre los datos del «milagro económico»— se acerca hoy a la evolución de los derechos sociales y de costumbre experimentados en el país desde la llegada de Zapatero. El mercado editorial se orienta en tal sentido y trata de satisfacer, por un lado, a la comunidad científica y, por el otro, a una opinión pública cada vez más interesada.

Más historiográfico y menos politológico de su casi homónimo *Da Franco a Zapatero: la Spagna dalla periferia al cuore dell'Europa*, de Anna Bosco (editado por Il Mulino en 2005), el volumen de Adagio y Botti se dirige a las dos categorías antes mencionadas. En el primer capítulo —una especie de introducción crítica en la que los autores enuncian varias tesis que demostrarán a lo largo de la obra— el objetivo principal es demoler dos lugares comunes difundidos en Italia, según los cuales el general Franco puso voluntariamente las premisas de una transición a la democracia y favoreció el desarrollo de un papel activo y de una inserción de la clase media en la vida política. Desplazándose hacia el más reciente debate sobre el «pacto del olvido», los autores, aunque admiten su papel central durante los últimos años setenta, niegan su validez actual, y de acuerdo con la línea política oficial, afirman que los tiempos ya están maduros para que los

españoles aborden las luces y las sombras de su pasado más reciente.

Un mérito particular del volumen es el de ofrecer una mirada sobre aspectos que no se abordan fácilmente dentro de las síntesis generales dedicadas a la transición democrática. Entre éstos se destaca el papel de la cultura, de los medios de comunicación —en particular de la prensa y la radio— como instrumentos de socialización de la política y el papel de la reestructuración urbanística y la recalificación del territorio de las principales ciudades del país como símbolo del proceso de construcción material de la nueva democracia. Incluso la organización de los grandes acontecimientos tiene un espacio central en este libro. En sus páginas sobresale incluso el hecho de cómo el deporte —en particular, la organización de los Mundiales de Fútbol de 1982— representó un escaparate internacional para enseñar el éxito del proceso de democratización del país.

Por lo que se refiere al análisis de las políticas adoptadas desde 1982 hasta 1996 —durante las cuatro legislaturas socialistas—, los autores hacen una útil división de esta etapa en dos periodos. Durante la primera —desde la victoria electoral hasta el comienzo de la década siguiente— se nota muy bien cómo, de acuerdo con una difundida exaltación del thatcherismo-reaganismo de la primera mitad de los ochenta, incluso la España de González acogió el modelo neoliberal que, como en otros lugares, tuvo como directa consecuencia el aumento de la conflictividad social. Fue sólo a final de los ochenta (segunda etapa), después de una larga época de choques entre partido y sindicato, cuando el entonces presidente puso en marcha un viraje decisivo hacia la socialdemocracia. Este cambio conllevó un aumento inmediato de los fondos dedicados a los gastos sociales y favoreció una disminución de las tensiones desarrolladas en la década anterior.

Este segundo *trend* de intervención del Estado en las dinámicas económicas y sociales fue interrumpido a causa del fuerte crecimiento

de déficit público, absolutamente incompatible con el programa de Convergencia de la Unión Europea que impuso drásticas reducciones para cumplir con los parámetros de Maastricht.

Pasando a la parte dedicada a las elecciones de 1996, llama la atención —sobre todo a los estudiosos que se dedican al análisis comparativo— cuán poco influyeron —en términos de porcentajes de consenso— los escándalos de corrupción, de financiación ilícita de partidos y la lucha sucia frente al terrorismo en la *debacle* de los socialistas. La victoria del Partido Popular en 1996 tuvo lugar con una ventaja mínima. A diferencia de lo sucedido en Italia, el clima de crisis en que se encontró la política a principios de los noventa no causó una deslegitimación del PSOE, ni del sistema de partidos en su conjunto, sino que sólo determinó una pérdida de consenso, que muchos observadores internacionales interpretaron como una fisiológica confirmación del funcionamiento del sistema de la alternancia.

En las páginas dedicadas a las dos legislaturas del PP, por supuesto el papel de Aznar ocupa un espacio central. Los autores lo observan desde una doble perspectiva: enfocando la cuestión desde el punto de vista de la historia del partido, el antiguo líder destaca positivamente como principal promotor de la renovación generacional, estructural y de imagen del PP, mientras que mirando su acción desde la óptica gubernamental, Adagio y Botti ponen más en evidencia sus fallos. Siguiendo la misma impostación metodológica utilizada para analizar la etapa socialista, incluso este análisis se desarrolla a partir de una periodización interior, que en este caso coincide exactamente con las elecciones políticas.

Los autores resaltan el hecho de que la moderación de las medidas tomadas en la etapa 1996-2000 tiene que remontarse a los acuerdos de legislatura logrados con los nacionalistas catalanes, vascos y de las islas Canarias para asegurar una mayoría estable. En esta época, el gobierno garantizó continuidad en política

exterior, mayor disponibilidad de diálogo con las centrales sindicales y una postura favorable a la descentralización en la política administrativa. La estrategia del Partido Popular cambió al conquistar la mayoría absoluta en el 2000. Los signos más evidentes de un cambio de ruta fueron, según los autores, la acentuación del atlantismo, vivido ya como alternativa al europeísmo, el final del diálogo con los sindicatos y la crisis que se abrió entre la administración del Estado y la Iglesia española (con particular referencia a las diócesis vascas), después de la ilegalización de HB como consecuencia de la Ley de Partidos del 2002.

Si la fuerte pérdida de consenso, como demuestran los autores, a través de fuentes periodísticas y de sondeos de opinión —sobre todo los del CIS— pudo registrarse a partir del apoyo tributado a la intervención anglo-americana en Irak, el verdadero colapso tuvo lugar con la mala gestión de los atentados del 11 de marzo de 2004. Después de una presentación del actual presidente del gobierno, más periodística y menos historiográfica debido a la falta de fuentes, los autores cierran su obra desplazando su análisis sobre un terreno más sociológico, y reflexionan sobre el nivel de catolicismo de la España actual. Ésta es una cuestión abierta que, junto con las medidas emprendidas por el ejecutivo Zapatero, suscita fuera del país un interés muy alto.

Como ponen en evidencia los autores, fue a partir de los años sesenta, y no sólo desde 2004, cuando España emprendió un proceso de secularización que ha ido cambiando los hábitos de la población. Allí se remontan los orígenes de los cambios que hoy en día están en el punto de mira de toda Europa. El proceso empezó por aquel entonces, aunque a nivel mediático los primeros estereotipos en el exterior empiezan a caer sólo a principios del siglo XXI.

Maria Elena Cavallaro